

OLIVIERO

Mi paje, herido tiene el seno...  
¡Ya le curé!

RENATO

Levantándose y aproximándose con interés a Fernando.

¿Una herida?

FERNANDO

Con serenidad.

¡Un rasguño, señor!

RENATO

Acercándosele.

Ven y estrecha mi mano, ¡oh, joven campeador!

Fernando se aproxima, y

estrecha respetuosamente, entre las suyas, la mano que le tiende Renato.

¡Al dártela, con ella mi entusiasmo te expreso...!  
¡Con qué orgullo tu padre te abrazará  
al regreso...!

Hijos como tú, honran...

FERNANDO

Con amargura.

¡Señor, no tengo padre!

RENATO

Mas, tu madre...

FERNANDO

¡Tampoco sé si existe mi madre...!

RENATO

Con mayor interés.

¿Y tu nombre...?

FERNANDO

¡Fernando...! ¡Mi suerte no me alegra...!  
¡Si conquisto un escudo, tendrá la barra negra...!

RENATO

¡Tienes sangre de príncipes...!

FERNANDO

Con fiero orgullo.

¡Si el cielo me da vía,  
más que sangre de príncipes será la sangre mía!

RENATO

¡Arrogantes palabras!

FERNANDO

¡Triunfará mi heroísmo...!

¡Cuanto soy en el mundo, me lo debo a mí mismo!

RENATO

Eres leal y joven. Tu alma es franca y florida...  
¡Te enseñaron los años la ciencia de la vida...!  
Mas esos desmedidos arranques no son buenos...  
Escucha este consejo: ¡Obra más y habla menos...!

FERNANDO

Con cortés finura.

¡Hablar con arrogancia es noble, buen anciano,  
si lo que el labio afirma lo sostiene la mano...!

RENATO

Irritado por el orgullo in-  
domable del joven.

¡Perdóname, Oliviero, si mi sangre se enciende...!  
¡Aplaudo su fiereza, mas su orgullo me ofende...!

FERNANDO

¡En vos respeto el nombre legendario, el valor probado y el afecto que os liga a mi señor...!  
 Mas, levanto la frente sin rubor y os argullo:  
 —¡Es, entre mis virtudes, la primera: el orgullo...!

RENATO

Con severidad

Imberbe mozalbete, ¿qué sabes de la vida?  
 Porque tu rostro es bello y tu senda florida;  
 porque en tus pocos años el peligro te engríe  
 y el mundo es como un sueño, y todo te sonríe;  
 porque no hay más que astros en tu noche serena,  
 y si la sed te abrasa, la copa encuentras llena,  
 ¿sin temor, al destino tu orgullo desafía  
 y gritas a la suerte: —Lo quiero y serás mía...?  
 Mas tu soberbia ignora cuanto saberse debe:  
 que es muy largo el camino y la vida muy breve;  
 y que antes de que llegues al vértice soñado,  
 tendrás las manos rojas y el rostro ensangrentado,  
 y habrá de devorarte toda la angustia humana,

y lo que es hoy aurora será ocaso mañana...!  
 Yo también, llena el alma de espléndidas quimeras,  
 al desplegar al viento su pompa mis banderas,  
 sentí vértigos, ímpetus generosos, y anhelos  
 de levantar mi nombre hasta los altos cielos,  
 llevando, cual trofeo de olímpica victoria,  
 amarrada a la cola de mi corcel, la gloria...!  
 Mas ¡ay! que un triste día sentí la sangre helada,  
 y la mano ya inútil para esgrimir la espada...!  
 Y entonces me hallé anciano, sin vigores  
 ni aliento...  
 ¡y mi sueño de gloria se disipó en el viento...!

FERNANDO

Señor: sois noble y fuerte. A mis hijos diré  
 ciego de orgullo, un día: —¡Yo le he visto...  
 y le hablé...!

Vuestras frases son como las frases de un vidente;  
 por siempre su recuerdo conservará mi mente.  
 Pero otra es mi fortuna, y es otro mi derecho...  
 ¡A vos, os dió la suerte, nombre, familia y techo...!

En la escuela paterna vuestra alma se educó;  
la grandeza heredada sus alas os brindó...  
Las armas, más que base, medios y apoyos  
fueron...

Yo crecí, sólo y huérfano. Mis ojos jamás vieron  
en la edad de las risas, ni el más ligero encanto...  
¡Tan sólo han conocido la ira, el dolor y el llanto...!  
No he recibido un nombre, que cual sacro legado  
debiera hacer ilustre o conservar honrado;  
ni labios paternos, cual premio a mi valor,  
han besado esta altiva frente de triunfador...!  
¡Al tornar del combate, mi único lauro era  
la banal acogida de una casa extranjera,  
pues blasones y nombre los cielos me han negado,  
y por ajenas glorias la sangre he derramado!  
Mas, fiado en mi suerte, jamás sentí la pena  
envidiosa y cobarde de la grandeza ajena...  
¡Venciendo los obstáculos que interceptan mi vía,  
es fuente de mi orgullo esta soledad mía...!

Pequeña pausa.

Yo soy fuerte. Mi espada igual que sol destella,

y ¡guay, del que sus fuerzas quiera medir con ella!  
¡Mi arco nunca una flecha ha disparado en vano;  
donde los ojos quieren la coloca la mano!  
Si le impongo el capillo, el halcón nunca yerra,  
¡y con su presa vuelve, triunfalmente, a la tierra...!  
De las artes gentílicas el uso no olvidé,  
y del laúd las cuerdas templar y pulsar sé;  
conozco los secretos de las Cortes de amor,  
y sé cantar amores igual que un trovador...  
En justas de poesía tuve más de un trofeo;  
y al verme correr lanzas, justando, en el torneo,  
ya a la usanza morisca o a la guisa cristiana,  
dejó caer su guante más de una castellana...!

RENATO

Sin poder contenerse.

¡Soportar ya no puedo tanta soberbia...! ¡Calla,  
que si te pongo a prueba, y la prueba te falla...!

FERNANDO

Con soberbio ademán.

¡Pedid cuanto queráis...! ¡Os acepto por juez...!  
 ¡Lo mismo esgrimo el hierro que juego  
 al ajedrez...!

Reparando en el juego que  
 hay sobre la mesa y señalán-  
 le con la mano.

RENATO

Dirigiéndose a Yolanda.

¡Ya que este mozalbete tanto se vanagloria,  
 dale una lección, hija...!

FERNANDO

A Renato.

Si obtengo la victoria,  
 ¿qué don habréis de darme para premiar  
 mi suerte...?

RENATO

La mano de mi hija.

FERNANDO

¿Y si pierdo?

RENATO

Llevándole a aparte y en  
 voz baja.

¡La muerte...!

FERNANDO

Con gozo.

¡Soñar con una oferta más bella no he podido...!

RENATO

¿Aceptas?

FERNANDO

Con firmeza.

¡Sí...!

RENATO

Amenazante.

¡Si pierdes...!

FERNANDO

Encogiéndose de hombros.

¡Señor, habré perdido...!

¡Si pierdo, no me oiréis quejarme o maldecir;  
que, si ignoro la vida, he aprendido a morir...!

RENATO

Volviéndose a Yolanda.

Empiece el juego, hija...

Los dos se aprestan a jugar.

FERNANDO

Reparando en la presencia  
de Renato.

¡Perdonad un momento...!

Un juego tal, requiere al jugador atento...  
El conde de Fombrone junto al fuego os espera...  
Recordad los encantos de vuestra primavera,  
mientras jugamos solos...

OLIVIERO

Desde la chimenea, donde  
ha permanecido calentándose.

¡Tiene razón Fernando...!

RENATO

Acercándose a su amigo.

Pues bien: ¡voy a dejarles con su suerte jugando!

Se sienta al fuego.

OLIVIERO

En voz baja, señalando a  
Fernando.

Fuiste con él severo...

RENATO

¿Mucho?

OLIVIERO

¡No...! ¡Es tan altivo,  
que a veces sus palabras merecen correctivo...!  
¡Mas, es noble, Renato, tener fe en el futuro...!  
¡Vivir sin desengaños es conservarse puro...!  
¡Cómo en sus negros ojos brilla la vida plena  
bajo la sombra oscura de su fosca melena...!  
¡Yo le vi combatiendo, y es tan bravo y leal,  
que por él siento un vivo orgullo paternal...!  
¡Me recuerdan sus ímpetus mi juventud bravía...!

Pequeña pausa.

RENATO

Mirando al paje, y como hablando consigo mismo.

¡Con qué heroica firmeza la muerte desafia!

OLIVIERO

¿En qué piensas?

RENATO

En nada...

OLIVIERO

Mas, si en tus ojos leo...

RENATO

Quisiera que venciese...

OLIVIERO

¡Perdona; no te creo!

Le das tu hija...

RENATO

Herido de súbito.

¡Es cierto...!

OLIVIERO

¡Teniendo tal laurel,  
será, en verdad, milagro que no triunfe el doncel...!  
¿Qué te dará, si pierde...?

RENATO

¡Nada...! No hay pacto... ¡Nada...!

OLIVIERO

¿Y olvidarás, Renato, la palabra empeñada...?

Continúan conversando  
quedamente.

YOLANDA

Estás mudo y no juegas... ¿Qué te pasa,  
Fernando?

FERNANDO

¡En tus divinos ojos me estaba contemplando!

YOLANDA

Después de una jugada.

¡Entro en tus filas como un lobo en un redil!  
Ya has perdido una torre, y me llevo el Afil  
si en su auxilio no corres y lo entras en tu  
banda...

Cuida los malos pasos...

FERNANDO

¡Gracias, bella Yolanda...!  
¡Pensaba en tantas cosas lejanas que he  
perdido,  
que a su recuerdo, ahora, de pena he  
enmudecido...!  
En el juego ni un solo paso me atrevo a dar...



YOLANDA

¿Quieres, tu puesto, paje, por mi puesto  
trocar...?

FERNANDO

No. ¡Prosigue tu suerte, y déjame la mía...!

YOLANDA

¿Y si encuentras obstáculos que intercepten  
tu vía...?

¡Qué cabeza...! ¿No has visto que has cometido  
un fallo...?

¡Al Afil le doy muerte y desarmo al caballo...!

FERNANDO

Prendiendo el caballo.

¡No dejaré prenderlo! ¡Lo acepto como un don...!

YOLANDA

Sonriente.

¡Si seré afortunada, que una interpretación  
falsa me ha dado un triunfo...!

RENATO

Aproximándose.

¿Cómo va la partida...?

FERNANDO

Yo pierdo...

RENATO

¿Sí...? ¡Fernando, dala ya por concluída...!  
Fué un juego sólo el juego, y broma el apostar...

FERNANDO

¡Con vos, noble señor, no se debe jugar...!  
He dado mi palabra, y a ella me remito...

RENATO

Pierdes; tú lo dijiste...

FERNANDO

¡Mas, vencido no admito  
gracia alguna; y prosigo, porque quiero, señor,

reclamar tu palabra, si salgo vencedor!

RENATO

Pues, bien; sigue tu suerte, paje...

FERNANDO

¡Seguirla intento;  
y, dada una palabra, señor, no me arrepiento...!

RENATO

Se aleja, y después retorna.

Eres joven, valiente y leal... Sentiría  
una desgracia tuya como si fuese mía...  
Atiende a mis razones y humaniza tu brío;  
yo te lo ruego como si fueras hijo mío...  
Es tiempo; retrocede... Sabes lo que te espera...  
¡Ayúdame, Yolanda...!

YOLANDA

Yo, padre, bien quisiera;  
mas temo que desoiga mi voz... ¡Aún no he  
vencido,  
y recobrar aún puede el terreno perdido...!

RENATO

Te ciega tu orgullosa vanidad de vencer...  
¡Mas, tú ignoras, Yolanda, lo que pierde al  
perder...!

FERNANDO

Interrumpiéndole.

¡Todo ha de ser inútil...! ¡Ni vos, conde, ni ella,  
me arrancarán del juego...!

RENATO

¡Te dejo con tu estrella!

Renato vuelve junto a Fombrone y se pone a conversar con él, en voz baja, mientras Yolanda y Fernando juegan durante algunos instantes en silencio.

YOLANDA

Alzando la cabeza y mirándole fijamente.

Dí, ¿qué dijo mi padre que pierdes si perdía...?  
¿Qué pierdes tú...?

FERNANDO

¿Yo...? ¡Nada...! ¡Son locas fantasías!

YOLANDA

Al hablar, parecióme que estaba preocupado,  
¡y tú le interrumpiste tan pálido y turbado...!  
¿Qué pierdes tú, si pierdes...? Dime...

FERNANDO

¡Nada importante...!

YOLANDA

¡Mi padre más te teme vencido que triunfante...!  
¡Yo no sé por qué estoy medrosa y affigida...!

FERNANDO

¡Bella Yolanda, alégrate, perderé la partida...!

Pequeña pausa.

YOLANDA

¿Qué presagios te abruman...? ¿En qué piensas,  
Fernando?

FERNANDO

¡En tus divinos ojos me estaba contemplando...!

YOLANDA

Palidece tu rostro... ¿Por qué...? ¿Quizá la  
herida  
te duele...?

FERNANDO

¡No, Yolanda...! ¡Como es bella la vida...!

Pequeña pausa.

YOLANDA

¿Está, dime, Fernando, tu país muy distante...?

FERNANDO

Yo nací donde el aire es suave y fragante;  
en una tierra llena de cánticos y flores,  
donde, junto a las musas, sonríen los amores;  
donde en el mar se espejan pálidos olivares,  
y en las colinas crecen naranjos y palmares;  
donde todo es perfume, y el Señor poner quiso  
todas las maravillas que encierra el Paraíso...  
Allí espuman las brisas del sonante Océano...  
Mas, mi país, Yolanda, ¡se encuentra tan  
lejano...!

YOLANDA

Dime, ¿allí las mujeres serán bellas y amantes?

FERNANDO

¡Pronto al amor se rinden; pero son  
insconstantes!

¡Bajo aquel sol, fulgente de llamas, fueron  
hechos

para el beso sus labios, para el amor sus  
pechos...!

Mas, yo, hijo de su fuego, y crecido entre flores  
que embriagan y deslumbran con sus vivos

fulgores,

amo los suaves pétalos de misterioso porte  
y las blancas corolas de los cielos del Norte.

Y una trenza de oro, y un ojo azul, y una  
blancura melancólica, hecha de nieve y luna,  
encienden mis deseos y exaltan mi ternura,  
más que una tez morena y una pupila oscura...

¡Azules son mis cielos, y azules son los montes  
que engarzan sus turquesas en áureos

horizontes...!

Pequeña pausa.

¡Qué bella eres, Yolanda...!

YOLANDA

Ansiosamente.

¡Sigue...! ¡Te quiero oír...!

FERNANDO

Dime, ¿has pensado, acaso, que se pueda morir  
antes de haber probado la embriaguez del amor;  
antes que el alma entera se abra como una flor,  
y apure, entre las rosas de una boca florida,  
toda la miel que encierra el panal de la vida...?

YOLANDA

¡Oh, no...!

FERNANDO

¡Tener mis manos entre tus manos presas,  
y sentir que me miras, y sentir que me besas...!  
¡Un instante en tus brazos tan sólo pido a Dios,  
y que venga la muerte...!

YOLANDA

Como ebria de felicidad.

¡Moriremos los dos...!

FERNANDO

Contemplándola extasiado.

¡Qué suaves cabellos...!

YOLANDA

¿Por qué hablas de la muerte,  
como si te dolieras, ahora, de tu suerte...?

FERNANDO

¡Qué dulce es tu sonrisa...!

YOLANDA

¿Por qué, por qué, Fernando,  
me miras tristemente...?

FERNANDO

¡Es que estaba formando  
castillos de imposibles que tú por tierra tiras...!  
Juguemos... ¡Soñé un sueño de oro...!

YOLANDA

¿Por qué suspiras...?

FERNANDO

¡Suspiro por mis sueños y mis tierras lejanas!

YOLANDA

¡Y quizá por los ojos de hermosas castellanas...!

FERNANDO

Indicándole el juego.

Ahora eres tú quien pierde...

YOLANDA

Me avisas con premura  
como si tu victoria te causase amargura...!

FERNANDO

¡No sabes cuántas cosas me juego en la partida...!

¿Ignoras que si pierdo he perdido la vida...?

¿No sabes que eres bella, como no lo es ninguna;  
que amo tus áureas trenzas y tu frente de luna;  
que sólo tengo mía la sangre de mis venas,  
y que si no me amas me acabarán las penas...?

YOLANDA

Y tú, ciego, ¿no miras que por gozar me afano

las embriagueces de este deliquio sobrehumano?

Se quedan silenciosos un instante.

OLIVIERO

A Renato, señalando a Fernando.

Mírale: con la mano los bucles se despeina...

BENATO

En voz alta.

¿Cómo va la partida...?

FERNANDO

Sonriente.

¡Le he matado la Reina!

YOLANDA

Escúchame, Fernando. Esta es la vez primera que una voz amorosa mi corazón altera.

¡Cuánto, paje, ha soñado mi corazón amante con tus nobles acentos y tu viril semblante...!

¡Cuántas veces, en esta morada solitaria, en lugar del monótono ritmo de la plegaria,

murmuraba confusos y febriles reproches, pidiendo al cielo un rayo de luz para mis noches...!

¡Si tú supieras cómo tras de las vidrieras, soñando con tu arribo, pasé tardes enteras...!  
 ¡Si un niño entre los brazos de su madre veía; si de un nupcial cortejo las músicas oía, envidiando su suerte, mis vestidos miraba, y me hallaba más pobre que una mísera esclava...!  
 ¡En mi pecho sentía como un vacío arcano, y en el paterno afecto me refugiaba en vano...!  
 ¡Los más nobles barones mi mano mendigaron, y a todos, con hastío, mis labios rechazaron!  
 ¡Llegaste tú, Fernando, bello, fuerte y cortés, y al mirarte, a mi alma alguien dijo: ¡Este es!

FERNANDO

Mas tu mano, Yolanda, mano blanca y sutil, al dársela a este paje, ¿no se tendrá por vil?

YOLANDA

Lo que el destino ha unido, nada habrá que destruya...

¡Dos avances, Fernando, y la victoria es tuya...!

RENATO

En alta voz, a los jugadores.

¿Cómo andamos...?

YOLANDA

¡Tu hija, su ingenio en vano agota, temiendo la deshonra de su primer derrota...!

RENATO

¿Perdiste...?

YOLANDA

Todavía... Mas perderé...

RENATO

—Fernando, escúchame... Suspende... Yo deliraba, cuando te reté... Mi castillo más fuerte, la parcela más rica; elige: es tuya... Pero, por Dios, cancela este pacto imposible... Yo te haré noble y rico... ¡Mi palabra devuélveme...! ¡Como un padre, suplico...!

FERNANDO

Señor, a tanta oferta, una respuesta fija... ¡Tengo vuestra palabra, y adoro a vuestra hija!

RENATO

Será tuya, si quieres... ¡Pero piensa—y perdona si te ofendo—que ella rechazó una corona ducal, que es cuanto queda de su antiguo linaje, y quizá más de un príncipe ha de envidiar al paje!

Fernando vacila, mas Yolanda le insta a seguir jugando.

YOLANDA

Sigue jugando...

RENATO

A Fernando.

Un día podrás ser poderoso, mas hoy...

YOLANDA

A Fernando, en voz baja.

¡Avanza un paso, y el triunfo no es dudoso!

RENATO

Eres joven y pobre... ¡Oye, Fernando, ahora apenas si despierta de tu vida la aurora...! Yolanda es bella y rica, de orgullosa raíz; y dudo que con ella llegues a ser feliz...

Mientras Fernando vacila, Yolanda, a hurtadillas, tomándole dulcemente por la mano, le hace avanzar sobre el tablero y ganar la partida.

YOLANDA

A su padre.

Lo hecho está hecho. Tarde tu consejo ha venido... Tu palabra empeñaste...

RENATO

¿Qué dices...?

YOLANDA

Levantándose. Todos hacen lo mismo.

¡Que he perdido!

OLIVIERO

Abrazando a Fernando.

¡Fernando, en buena hora a esta torre vinimos!

YOLANDA

A su padre.

¡Me ofreciste un esposo, y los dos lo elegimos!

RENATO

Reprendiéndole.

¿No sientes la derrota...?

YOLANDA

El dolor pronto pasa, que es triunfo de familia y todo queda en casa!

Abraza a su padre y le da su mano a Fernando.

RENATO

A Fernando.

¡Ya que Dios te ha negado un nombre, te confío si lo juzgas honrado y digno, el nombre mío!

Fernando se inclina e in-



tenta hablar; pero Renato le contiene con un gesto.

Que a mis consejos seas obediente, te exijo...  
¡Y doy gracias al cielo porque me dió tal hijo!

Fernando, después de haberse arrodillado a los pies de Renato para recibir su bendición, se alza, y volviéndose hacia Yolanda, la mira un instante, sin atreverse a hablar.

YOLANDA

Me miras y enmudeces. ¿Qué te pasa, Fernando...?

FERNANDO

¡En tus divinos ojos me estaba contemplando...!

TELÓN LENTO



